

santidad. El fin es bien claro: la santidad. Concluimos con unas palabras del autor al final de la obra en la que afirma: «Dios en nosotros, obrando en nosotros (gracia operativa), haciéndonos colaborar con Él (gracia cooperativa), en la obra de la propia santificación y de la salvación del mundo. Ni la acción humana es anterior a la Gracia ni la Gracia nos santifica sustituyendo nuestra libre cooperación, sino suscitándola».

CARLOS JESÚS GALLARDO PANADERO
Estudio Teológico "San Pelagio"
Apartado de correos 15, 14004 Córdoba

Juan CHAPA, *La transmisión textual del Nuevo Testamento. Manuscritos, variantes y autoridad* (Biblioteca de Estudios Bíblicos 163; Salamanca: Sígueme, 2021) 250 pp. ISBN: 978-84-301-2080-2. € 18.

Esta monografía es una presentación sintética, actualizada y relativamente fácil de leer sobre los manuscritos del Nuevo Testamento, el ejercicio de la crítica textual y la reflexión teológica acerca de la autoridad del texto. Se trata de un libro único en lengua castellana, muy recomendable para todo especialista o lector informado en los estudios bíblicos. La autoridad académica del autor, Juan Chapa, profesor de Nuevo Testamento en la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra y miembro del comité editorial de la colección "The Oxyrhynchus Papyri" (Universidad de Oxford), confirma su tenor recomendable.

La monografía está organizada en siete capítulos más una introducción y una conclusión. En general, el desarrollo de la argumentación parte del dato objetivo de la descripción de los testigos, continúa con una magnífica explicación acerca de las nuevas aproximaciones a la crítica textual neotestamentaria, presenta algunos temas relevantes (la pregunta sobre la supuesta fluidez textual anterior al siglo II, el valor de las traducciones, la

relación entre el formato del libro y su grado de autoridad, etc.) y culmina con una reflexión teológica acerca de la autoridad del texto. Muchos estudios sobre el texto suelen quedarse en el nivel más o menos objetivo de la ciencia exegética, sin plantearse las repercusiones teológicas de las conclusiones que se deducen de sus análisis. Por otro lado, los teólogos habitualmente sucumben al peligro de desarrollar sus hipótesis como si poseyéramos los textos originales. En consecuencia, esta reflexión teológica sobre la autoridad del texto a partir de un estudio riguroso, actualizado y ecuánime de sus testigos materiales es el principal valor de la monografía: ¿los datos que nos proporcionan los textos (su tipo de letra, su formato, su forma de transmisión, etc.) aportan datos relevantes a la hora de comprender el proceso por el cual estos escritos llegaron a ser normativos para la Iglesia? Esta pregunta encuentra una respuesta plausible en el presente estudio.

Más en concreto, el primer capítulo es una explicación estándar acerca de los papiros neotestamentarios más antiguos (entre el siglo II y el V). El prof. Chapa expone aquí algunos de los temas típicos que ya explicó Larry Hurtado en su libro, también publicado en esta colección de Sígueme, *Los primitivos papiros cristianos*; esto es, la preferencia de los primeros cristianos por el códice, el uso de los *nomina sacra*, la presencia de ayudas leccionales, y otros rasgos formales interesantes que sugieren la lectura pública de los manuscritos. La valía de este capítulo estriba en el esfuerzo de la síntesis. Destaca la ecuanimidad del autor en sus valoraciones críticas acerca de las nuevas dataciones más tardías de los manuscritos por parte de Pasquale Orsini, Willy Clarysse y Brent Nongbri, entre otros. Además, resulta interesante que el estudio de la materialidad del texto refleje que aquellos escritos no parecían estar revestidos de un especial carácter sagrado. Varios datos convergentes así lo demuestran: la preferencia por el códice, formato que no era noble en la época; el tipo de caligrafía, a veces bastante sencilla y adaptada para la

lectura pública; la multitud de correcciones y el reconocimiento de que las primeras comunidades se deshacían de los escritos cuando quedaban inservibles, etc. Su finalidad, más bien práctica, era servir de mediación para que la Palabra viva siguiera siendo anunciada por los misioneros que usaban aquellos artefactos materiales en su predicación y celebración como los músicos usan sus partituras. No eran libros de culto, sino textos para ser usados. Como dice el autor, “en cierto sentido, los primitivos códices cristianos se asemejaban más a cuadernos de notas que a libros de literatura” (p. 46). La misma materialidad de los textos confirma que la propuesta cristiana no pretendió ser en sus inicios una religión del libro, sino más bien la religión de la Palabra.

El segundo capítulo (“Variantes que importan”), el tercero (“preocupación crítica de establecer el texto”) y el cuarto (“Variantes, texto fluido y fluidez textual”) resultan muy atractivos. En ellos el autor continúa explicando con mucha sencillez cuestiones, aunque conocidas, no por ello menos complejas (el valor del apéndice largo de Mc 16,9-20, la perícopa de la adúltera en Jn 7,53–8,11, la agonía de Getsemaní en Lc 22,43-44, que no tienen atestiguación en los mejores manuscritos; la cuestión de las armonizaciones; las ediciones críticas del Nuevo Testamento; una sencilla presentación acerca del quehacer de la crítica textual, etc.); pero también introduce cuestiones novedosas para el lector no iniciado en las nuevas corrientes de la crítica textual. Destaco tres de ellas. En primer lugar, es muy recomendable la lectura del discernimiento que hace Chapa sobre la tesis de Bahr Ehrman en su libro *The Corruption of Scripture: The Effect of Early Christological Controversies on the Text of the New Testament*, Oxford University Press, Oxford – New York, 1993. Según Ehrman, algunas variantes del texto fueron elaboraciones conscientes de copistas ortodoxos que, por motivos apologéticos, trataban de corregir algunas lecturas antiguas que servían de apoyatura a tendencias heréticas. Así, por ejemplo, la expresión de

Pilato sobre Jesús, *Ecce homo* (Jn 19,5), habría sido eliminada de muchos manuscritos por copistas ortodoxos que querían evitar la imagen de un Jesús demasiado humillado, meramente humano, que apoyaba tendencias adopcionistas; o también en Lc 2,33.48 algunos manuscritos griegos y de la *Vetus Latina* testimonian “José y su madre” en vez de “su padre y su madre” —variante probablemente más antigua— porque algunos copistas trataron de corregir la lectura que apoyaba a quienes sostenían que Jesús era hijo carnal de José. El prof. Chapa, aún valorando los elementos válidos de la hipótesis de Ehrman, hace un juicio ponderado de sus propuestas que, en muchas ocasiones, son algo hipotéticas y pueden deberse a errores involuntarios o a simples variaciones de estilo. Segundo, también resulta interesante la presentación que hace el prof. Chapa acerca de la “crítica textual narrativa”. El valor de las variantes textuales ha ido cambiando en los últimos cincuenta años: de ser vistas como problemas en la búsqueda del “texto original”, a ser concebidas como preciosos tesoros que albergan historia con interés en sí mismas. La crítica textual narrativa es, así pues, la disciplina que intenta descubrir, por medio del estudio crítico de los textos, “los contextos teológicos, litúrgicos y éticos de las variantes textuales en la vida de la Iglesia” (E. J. Epp, “It’s All about Variants: A Variant-Conscious Approach to NT Textual Criticism”, *HTR* 100 [2007] 287). Y, tercero, es muy sugerente la evaluación ponderada que hace Chapa sobre la propuesta de David Parker, a raíz de sus estudios sobre del código Beza, sobre el “texto vivo”. Según Parker, en los dos primeros siglos no importaba el texto exacto de las palabras de Jesús. Se transmitían, más bien, formas textuales libre y fluidas hasta el siglo II. Aunque la propuesta de Parker ha sido refutada por otros estudiosos que han demostrado el interés de los copistas, también de los primeros, por ser fieles a las obras que copiaba, sus propuestas han llevado al prof. Chapa, en el plano teológico, a afirmar que lo que da autoridad al texto no es la literalidad de las palabras, sino la comunidad creyente que las transmite:

«Si se hace recaer la autoridad del texto en su condición de texto original autógrafo, entonces es razonable que se cuestione esa autoridad, dado que no sabemos cuál es el texto que escribió el autor. Si, en cambio, se entiende que esos libros han sido compuestos en una comunidad de fe que existía antes que los libros (Israel y la Iglesia), la autoridad viene garantizada por la fe de esa comunidad creyente... La fe de la Iglesia permite no empequeñecer la Escritura (circunscribiéndola a un hipotético texto, sino dejar que la Escritura sea lo que es y tenga la autoridad que tiene)» (p. 130-131).

El quinto capítulo, sobre las traducciones, muestra que no solo la diversidad de manuscritos griegos y sus variantes testimonian la vitalidad del texto, sino que también las traducciones son ventanas hacia el modo en que dichos textos fueron entendidos y transmitidos en tiempos y lugares diversos. El prof. Chapa se centra solo en las traducciones latinas y concluye que los traductores no deberían encorsetar el texto en una traducción única, sino testimoniar con respeto las diferentes posibilidades de traducción.

El sexto capítulo (“Producción de libros cristianos primitivos y canon”) afronta la interesante pregunta acerca de si es posible establecer una relación entre el formato del libro —la preferencia de los primeros cristianos por el códice para copiar los textos normativos— y su grado de autoridad. De nuevo, el prof. Chapa presenta aquí unas conclusiones matizadas. El formato códice ciertamente pudo contribuir a limitar el número de los textos canónicos; de hecho, no conservamos códices que contengan juntos evangelios canónicos y no canónicos. Además, la comparación con las tablas astronómicas de Ptolomeo, que fueron transmitidas en el formato códice para poder ser consultadas con facilidad, hace pensar que “la decisión sobre el número de libros

que un códice podía contener no estaba condicionada [yo añadiría: «solamente»] por las características físicas del formato, sino por la posibilidad y la necesidad de poder relacionar entre sí un conjunto de textos de naturaleza similar” (p. 167). Sin embargo, a parte de los grandes códices de los siglos IV y V, obras muy costosas y bastante anómalas, es muy raro encontrar códices con la mayor parte del Nuevo Testamento; y la existencia de códices misceláneos con textos heterogéneos lleva a matizar la idea de que el formato códice implicara la homogeneidad de los escritos que contiene. Así pues, el canon de libros no fue definido por el mero formato material del códice. “El hecho de tener libros encuadernados entre dos cubiertas no garantiza la noción de un canon cerrado” (p. 168). Otras razones de peso fueron necesarias. Este será el tema del último capítulo.

En el último capítulo (“la cuestión del texto autoritativo”), el prof. Chapa se pregunta qué es lo que confiere autoridad al texto del Nuevo Testamento y qué se debe entender por “texto autoritativo”. Tras presentar la argumentación de David Parker contra la idea del “texto autoritativo”, Chapa explica que el “texto autoritativo” no puede ser identificado con el “texto original”, que no poseemos. Este es el error de las posturas que, partiendo del principio de la *sola Scriptura*, ha tratado de ubicar la autoridad en el texto mismo, y no en una instancia externa. Lo que hace autoritativo el texto es su condición de testimonio inspirado de la Palabra de Dios, encomendada a la comunidad creyente, en cuyo seno el texto nació, que lo transmitió, si bien con variantes y en lenguas diversas, y que es interpretado a partir de la regla de fe de la Iglesia. Así pues, el prof. Chapa ubica por un lado la autoridad del texto no en el texto mismo, sino en la fe de la Iglesia que lo reconoce y transmite y, por otro lado, sostiene también que, para evitar el oscurecimiento del carácter normativo del texto, la Iglesia ha establecido un texto “norma”, en la declaración de Trento sobre la autenticidad de la Vulgata, para que sirva de referente y guía.

O, como dice el autor en otro lugar, “para el lector moderno de una versión de la Biblia, el texto que tiene delante funciona como «texto original» cuando se lee *in Ecclesia*. La autoridad le viene dada por la comunidad de fe que interpreta ese texto en continuidad con la comunidad apostólica original” (p. 200). Una vez más, la letra y el Espíritu no deben oponerse, sino complementarse: ni una letra que mate la vida divina del Espíritu, ni un Espíritu que traicione la carne de la letra.

En la conclusión, el prof. Chapa recapitular algunas ideas que ha ido explicando en su libro. Nota que los textos estaban en función de la predicación de la Iglesia y cobraban vida en la celebración litúrgica. Y, finalmente, hace unas preciosas reflexiones cristológicas sobre la relación entre la Palabra de Dios y el texto de la Escritura: se debe evitar la tendencia a obviar las limitaciones y variantes de los manuscritos, suponiendo de manera irreal que la letra del texto es sagrada e intocable —una especie de docetismo o monofisismo textuales—, y también la tendencia contraria a sacralizar los manuscritos concretos, quedando la Palabra reducida a mero texto —una clase de adopcionismo textual—.

En fin, si algún aprendiz de teólogo —o incluso biblista— sigue pensando que la crítica textual es una cuestión previa a la exégesis de los textos y que está reservada al trabajo de unos pocos especialistas versados en la materia, comprenderá con la lectura de este libro que estaba profundamente equivocado. Su lector aprenderá mucho no solo sobre el texto bíblico y la crítica textual, sino también sobre los misteriosos y paradójicos caminos que usó Dios para comunicarse con los hombres.

ÁLVARO PEREIRA DELGADO
Facultad de Teología San Isidoro de Sevilla (España)
alvaropereira@sanisidoro.net